

Antoni Gaudí un arquitecto genial

Josep Maria Tarragona



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2001, by Josep Maria Tarragona y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias con una fotografía de Antoni Gaudí.

Fotografías: ACI, AISA, ALBUM, PRISMA

Cuarta edición: febrero de 2011

ISBN: 978-84-218-4794-7

Depósito legal: M-398-2011

Printed in Spain

Impreso en: Anzos, S.L., Getafe (Madrid)

Cuaderno documental de Marta Fenollar.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 04 45).

Índice

1	Del campo al taller	5
2	El puñal del godo	13
3	Ruinas medievales	19
4	Barcelona	25
5	Exámenes	31
6	Un genio o un loco	35
7	Una venta de guantes en París	41
8	Tendrá los ojos azules	49
9	Pepita	55
10	Se necesitan piedras de todos los tamaños	61
11	Pepita y el dragón	67
12	Dos encargos eclesiásticos	73
13	Tánger	79
14	Astorga	85
15	La clave	89
16	Castillo interior	93
17	Sangre sobre la nieve	97
18	Ofrenda floral de piedra	101
19	Un ayuno cuaresmal	107
20	El nuevo mundo de la paz	111
21	El número de la bestia	115
22	Lo que me interesa es la perfección	119
23	La catedral de los pobres	123
24	La casa de los huesos	127
25	El libro de la naturaleza	129
26	Hansel y Gretel	135
27	La maqueta estereostática	143
28	La burra Margarita	149
29	Las casas se harán así	153
30	Originalidad es volver al origen	157
31	¡Alzando el templo!	163
32	Una cantera en el paseo de Gracia	167
33	París	171
34	Fiebres de Malta	175
35	Los pastorcillos existen	179
36	Gaudí mendigo	185
37	La primera piedra de la nave	191
38	Los calabozos	195
39	Terminar una torre	201
40	El tranvía de la línea 30	205
41	Entierro del arquitecto de Dios	213
Epílogo:	La beatificación del arquitecto de Dios	217
	Fuentes principales	219
	Cronología	229



Del campo al taller

—¡Espacio! ¡Cuidado! —exclama Antonia al llegar al torrente de Riudoms. No quiere que su hijo se caiga del mulo.

Francesc deja el ronzal, descabalga al pequeño y lo coge en brazos para cruzar el curso de agua. Antonia acaricia la cabeza de su hijo enfermo. Él contiene con una sonrisa las lágrimas de dolor que el reuma le provoca en las articulaciones.

Muy pronto llegan a Mas de la Calderera, la finca de la familia. Se instalan en la casita para pasar otra larga temporada, hasta que Antoni mejore.

Francesc regresa a Reus, a su trabajo de calderero.¹ Antonia queda sola con su hijo menor. Es el quinto hermano. Los dos primeros, María y Francesc, murieron siendo muy pequeñitos. Los dos siguientes, Rosa y el segundo Francesc, crecen sanos y robustos. En cambio, a Antoni el reuma le impide caminar y le causa dolores tan fuertes que tiene que dejar de asistir a clase en el colegio Berenguer, de

1. El calderero fabrica recipientes de metal, especialmente alambiques para destilar alcohol de la uva.

la calle Monterols. Sus amigos, Francesc Berenguer y Eduard Toda,² se habían despedido de él con afecto y habían prometido visitarle el domingo en Mas de la Calderera.

Antonia está preocupada porque su hijo no puede seguir los estudios como los demás. «¿Qué será de la vida de un niño enfermo?», piensa.

Antoni coge un caracol y lo sostiene un largo rato entre las manos.

—Mamá, ¡mira! ¿Qué es?

—Un caracol, Antoni.

Su madre se da cuenta de que el chico no está jugando con el caracol, sino que lo estudia. Lo mismo le sucede ante una gallina, cuando revolotea en el patio; una golondrina que cruza el cielo; los mandarinos que había plantado el abuelo Francesc frente a la puerta de la casita; las piedras del suelo; o las montañas de Pareis, que cierran el horizonte por el Norte.

«Estos serán sus libros —reflexiona Antonia—, en vez de los del colegio. Y Dios dirá». Recuerda ahora el bautizo de su pequeño en la iglesia de Sant Pere de Reus, con los tres nombres de Antoni (de su abuelo materno), Plàcid (del padrino) y Guillem (por el santo del día). Recuerda también la confirmación, apenas un año después, oficiada por monseñor Gil Esteve, obispo de Puerto Rico de paso por Reus aquel día... Y, elevando una oración, pone su futuro en las manos de Dios.

2. Eduard Toda (1855-1941) fue diplomático, arqueólogo y un importante intelectual. Después de la muerte de Gaudí, promovió la restauración del monasterio de Poblet.

Cuando Antoni mejora, regresan a Reus. Es un viaje que se repetirá otras muchas veces.

Antoni se matricula en los escolapios para empezar el bachillerato.³ Es el otoño de 1863, y ya ha cumplido once años. El primer día, el colegio le parece un pueblo enorme en el que puede perderse, mientras su hermano Francesc le va mostrando las aulas, el comedor, la capilla, la zona de los profesores, los pasillos, las escalinatas y los patios. Pronto hace nuevos amigos entre los compañeros de curso y puede prescindir de la atención de su hermano.

Por las tardes, Antoni ayuda a su padre en el taller. Allí está, junto a la forja, rodeado de máquinas, de correas, tornos, ruedas, bancos y hierro, con el rostro bronceado por el sudor y el fuego. Lo ve dominándolo todo, señor de aquel lugar de trabajo.

Y entonces aquella criatura se siente segura y confiada a su lado. Goza observándole, con su pantalón de pana y la cara brillante del sudor con el que gana para su hogar el pan de cada día; con las manos sucias pero fuertes, que huelen a cobre y a hierro forjado. Él, viéndole entrar tapado con el pasamontañas y la cartera del colegio en la espalda, sonrío y se dirige a la forja. Con unas tenazas saca de debajo de las brasas una plancha de hierro y la deja en el suelo. Antoni se sube y se calienta así los pies helados. Es el procedimiento más rápido para secar las alpargatas, empapadas de caminar por la escarcha. Cuando Antoni baja de la plancha, su padre le revuelve el cabello rubio y se sientan a merendar.

3. Entonces el bachillerato duraba cinco cursos. Se empezaba a los 11 años y se acababa a los 16.

—¿Qué habéis hecho hoy en el colegio? —se interesa, a la vez que le ofrece la bolsa de las avellanas.

—Matemáticas —responde Antoni, mientras coge dos avellanas entre sus dedos y las mira con atención—. Hemos aprendido el teorema de Pitágoras.

—Muy interesante. ¿No quieres comer las avellanas? —Le alarga unas tenazas.— ¡Ten! ¡Rómpelas!

Antoni rompe con mucho cuidado la cáscara para que queden dos mitades perfectas. Se come el interior. Luego muestra las cáscaras a su padre y le pregunta:

—¿Por qué son así?

—Para guardar mejor la semilla dentro.

—Sí, pero ¿por qué tienen esta forma y no son cuadradas, por ejemplo?

—¿Cuadradas? ¡No hay avellanas cuadradas! ¡Ni nueces cuadradas! ¡Ni cacahuetes cuadrados!

—¿Por qué?

—¡Por qué! ¡Por qué! No lo sé, hijo. Los padres no sabemos las respuestas de todos los porqués.

Se levantan y se acercan a la forja. Antoni aparta con una barra de hierro los trozos de carbón incandescente y coge sus tenazas, más pequeñas que las de su padre. Entre los dos alzan la gran chapa y la llevan hasta el yunque.

—Gracias —dice Francesc, sujetándola él solo—. Ahora verás cómo se dobla. ¡Como si fuera barro! Cuando el hierro está caliente, cuando el fuego lo ha puesto al rojo vivo, se vuelve blando como la arcilla.

Antoni acerca la maza a su padre. Éste, golpe tras golpe, va transformando la superficie plana en cóncava. Francesc le deja estar allí con la condición de que se tape los oídos

para que no se le revienten los tímpanos con el ruido del martillo y el yunque. Antoni admira el brazo de su padre, de una musculatura de acero. Va dando con increíble precisión los fuertes golpes en los puntos adecuados para cambiar la forma de la chapa.

Al cabo de un rato, Francesc hace como si interrumpiera su trabajo.

—¡Ten! ¡Acáballo tú!

Le ofrece con una sonrisa la maza. Antoni la coge, mientras su padre coloca de nuevo con las tenazas la plancha sobre el yunque.

—¿De verdad me dejas, papá?

—Sí, hijo. Ya lo has visto hacer muchas veces y es hora de que pruebes por ti mismo.

Más que un mandato paterno es un reto de maestro a aprendiz, de profesor a alumno, acentuado por la amplia sonrisa y la cara expectante de su padre, que le aguanta la plancha sobre el yunque. Antoni está dispuesto a aceptarlo. Coge la maza con las dos manos y golpea la plancha con todas sus fuerzas. ¡Lástima que no sea exactamente encima del yunque! La plancha salta por los aires y cae al suelo.

—Vamos a probarlo de nuevo —dispone su padre—. Mira bien lo que haces. Donde pongas el ojo, pega el golpe.

Francesc recoge la plancha del suelo y la vuelve a colocar sobre el yunque.

—Esta vez acertaré, papá. No te preocupes.

Antoni estira sus brazos, fija su vista en el punto exacto del metal y con las dos manos asesta un segundo mazazo con todas sus fuerzas.

—¡Muy bien! —le felicita su padre.

Pero Antoni no consigue manifestar su alegría. Al contrario, una mueca de dolor aflora en su rostro. Reprime un grito, porque ya le han enseñado que los hombres aguantan sin llorar el dolor físico. Ha sentido una punzada en el hombro, que se ha extendido como una corriente eléctrica por todo su esqueleto hasta llegar al último hueso de la última articulación.

«Sólo los niños lloran», murmura para sí mismo, haciendo resonar en su interior la frase tan repetida de su madre... «¡Mamá! ¡mamá!», está a punto de gritar. Pero su padre, quitándose el delantal de metalúrgico, interrumpe sus pensamientos:

—Has sido muy valiente, Antoni. Vamos a casa.

Llegan. El chico sube con dificultad las escaleras. Se mete en la cama. Su madre recoge la ropa, le acaricia el pelo rubio y enciende una pequeña lámpara ante la imagen de la Virgen de Misericordia, patrona de Reus.

—El médico vendrá en seguida —asegura—. Tómate esta infusión de hierbas y tila.

Su hermana Rosa le acerca la taza humeante y en aquel momento entra su hermano Francesc en la habitación. Después de besar a su madre y a Rosa, afirma:

—¡Pobre Antoni! Yo, de mayor, seré médico y te curaré.

—Serás médico porque te gusta... —replica Antoni desde la cama—. Te pasas las tardes en el Centro de Lectura leyendo libros de biología.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ah! Me lo ha dicho alguien.

—¿Alguien? ¿Quién? ¡Dímelo!

—Eduard Toda, que también va todas las tardes a aprender arqueología e historia antigua.

—¿Ah, sí? ¿Eduard? ¡Pues es verdad! ¡Estudiaré medicina y me dedicaré a curar enfermos!

—Si tú lo quieres —concede Francesc padre, que acaba de llegar, acompañando al doctor Miralbell.

—Tendrás que estudiar mucho, pasar varios años en Barcelona... —advierte severo el doctor Miralbell.

—Nos sacrificaremos —afirma rotunda Antonia.

—Y tú —añade el doctor Miralbell, dirigiéndose al enfermo—, ¿también quieres ser médico?

—No, yo quiero ser arquitecto.

—¿Arquitecto? —pregunta Rosa sorprendida.

—Es como maestro de obras, pero en carrera universitaria —informa su hermano—. Se acaba de abrir la escuela en Barcelona.

—Bueno, ya lo veremos —interviene Francesc padre—. Ahora, lo importante es que te cures.

Todos salen del dormitorio, dejando solos a Antoni con el doctor Miralbell. El médico se saca del bolsillo seis caramelos, se los da, llama a Antonia para que lo oiga y receta:

—Tómate dos cada día, uno por la mañana y uno por la tarde. Cuando se acaben, ya estarás bien. ¡Más fuerte que Francesc, mi futuro colega! Mientras tanto, ni moverte de la cama. Reposo absoluto.

Antonia acompaña al doctor Miralbell hasta la puerta. Antoni se queda solo. Sus ojos azules se fijan en la lámpara de cera que chisporrotea ante la imagen de la Virgen de Misericordia.

«Seré arquitecto —murmura—, pero para poder estudiar la carrera necesito vencer la enfermedad y ser tan fuerte como mi padre».

El puñal del godo

Desde el primer curso de bachillerato en los escolapios, Antoni Gaudí, Eduard Toda y Josep Ribera se han hecho inseparables. Al salir de clase o en las tardes de verano les gusta jugar juntos o hacer pequeñas excursiones por los alrededores de Reus.

—¡Vamos a los hornos romanos! —propone Antoni.

—Yo prefiero ir al bosque, junto al río —apunta Josep Ribera—. Un paisaje nunca pisado por el hombre, donde reina la naturaleza todavía salvaje.

—Es lo que mejor inspira tus poesías para *El Arlequín* —interviene Eduard Toda.

—¡Nuestra revista! —exclama Josep—. Tras la serie de éxitos, hay que preparar el número doce.

—¡El número doce de *El Arlequín*! —suspira Antoni—. Tendré que hacer más dibujos.

—Es lo que te gusta —afirma Eduard—: dibujar.

—Y a ti te gusta escribir artículos de historia. Y a Josep, poesías.

—Somos el equipo de redacción perfecto para hacer la revista —concluye Eduard.

—La mejor revista de todos los colegios de Reus —se ufana Antoni, mientras salen de la ciudad hacia los hornos romanos.

El camino hasta la Espluga Pobra discurre entre campos de trigo y huertos de avellanos. Es corto. Los tres amigos lo recorren rápido, discutiendo sobre la obra de teatro que representarán en la próxima fiesta del colegio.

—Será una celebración de los doce números de *El Arlequín* —dice Antoni.

—Lo anunciaremos en el número doce: «Magna representación de *El puñal del godo*, de José Zorrilla» —imagina Josep—. ¿Qué os parece?

—Muy bien —acepta Antoni—. Haré un dibujo del godo con el puñal.

—Y harás el papel de godo —dispone Eduard—. Empezaremos a ensayar cuanto antes.

—¡Eso sí que no! —se alarma Antoni.

—¿Cómo que no? —insiste Eduard—. Eres el único chico rubio y de ojos azules... El más apropiado para hacer de godo.

—Eso no tiene nada que ver —replica Antoni.

—¡Claro que tiene que ver! —le contradice jocoso Josep—.

— En Navidad, en las representaciones de *Los pastorcillos*, el actor que hace de san José siempre tiene los ojos azules.

—Porque san José tenía los ojos azules, como tú —añade Eduard—. ¡Serás un san José perfecto y un godo perfecto! Con tu mirada azul fulminarás al público desde el escenario. Ya lo estoy viendo. Mañana lo ensayaremos.

—¡No te imagines nada! —se enoja Antoni, dando una

patada a una piedra—. ¡No y no! No subiré a un escenario.

—Oh, vamos —implora Josep—: no te enfades. ¿Es que eres tímido?

—Me moriría de vergüenza... Todo el mundo mirándome...

—Y tú declamando con el puñal en la mano... ¡Magnífico! ¡Grandes aplausos del público! —insiste Eduard.

—¡No! ¡No quiero ni pensarlo! —vuelve a responder más calmado y cortando una caña del margen del camino.

—Entonces, ¿qué harás? —pregunta Josep condescendiente.

—Haré los decorados. Con cañas y papel de periódico.

Los tres amigos llegan a los hornos romanos. Antoni saca su bloc y dibuja los pedazos de cerámica que Eduard recoge para su colección.

—Este lugar me gusta más que el bosque del río —afirma Antoni—, porque aquí el arte domina a la naturaleza.

—¿La naturaleza? ¿El arte? —se pregunta Eduard en voz alta—. Las ruinas, los restos del pasado, sirven para conocer la historia de la patria.

—Lo mejor —exclama Antoni— es que escarbemos en los márgenes.

Los tres amigos encuentran trozos de cerámica rotos por el paso del tiempo y cubiertos por el polvo de veinte siglos, pero brillantes en colorido y forma.

—¡Oh! Me inspiran unos versos —se entusiasma Josep.

—Queridos amigos —profiere Antoni, también entusiasmado—: deberíais interesaros más por el arte.

—Y tú por la literatura —replica Josep—. Aprende de nosotros: los dos, sobresaliente en lengua y latín.